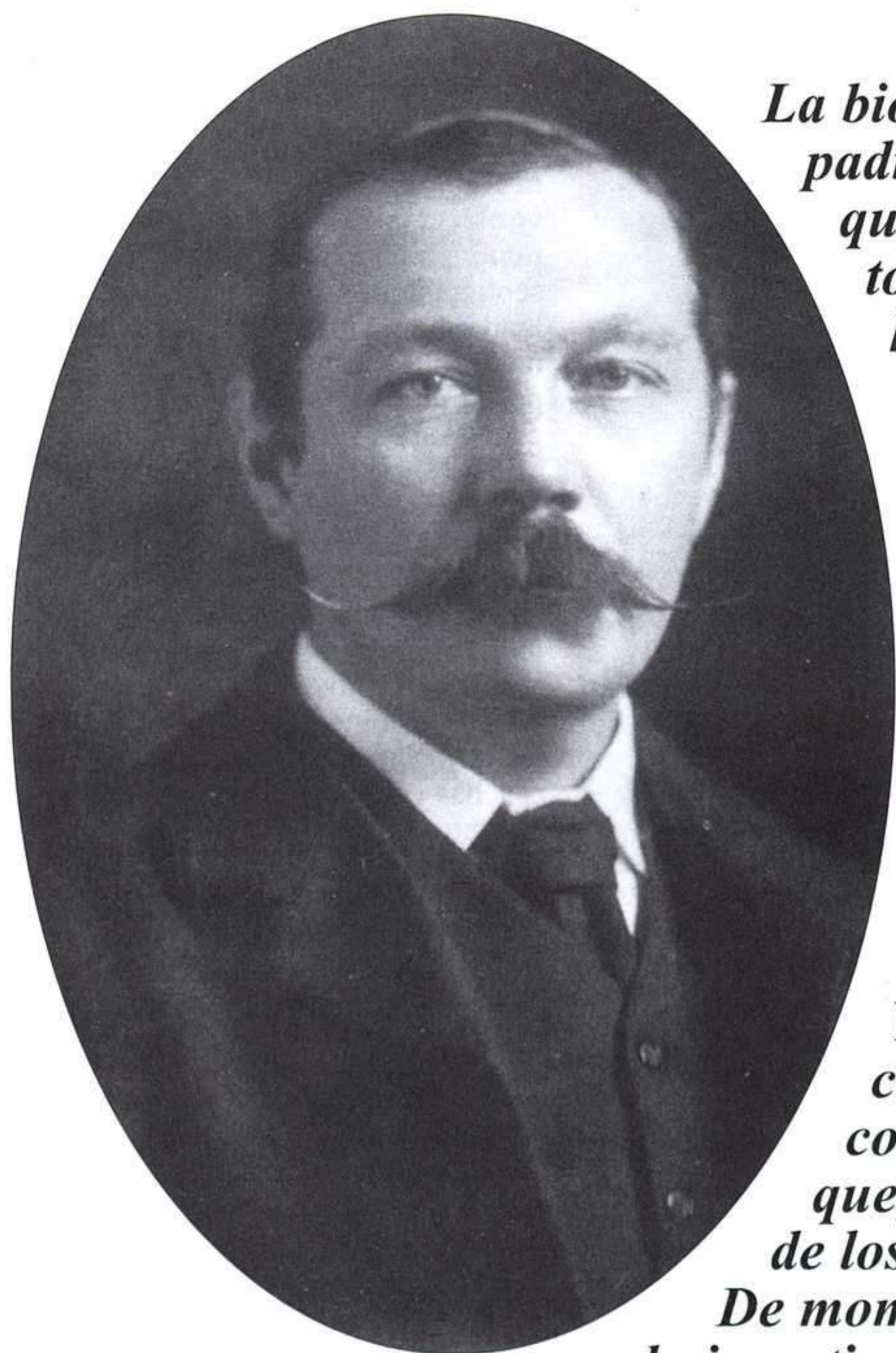


ARTHUR CONAN DOYLE

Retrato de un artista

por Juan José Millás*



La biografía de Sir Arthur Conan Doyle, el padre del más famoso detective del mundo que murió hace ahora setenta años, todavía no está cerrada. Los diarios se hacían eco, el pasado mes de septiembre, de una noticia sorprendente: Scotland Yard se dispone a investigar al famoso escritor por la muerte de su amigo Fletcher Robinson en 1907. Parece que el psicólogo Rodger Garrick-Steele ha reunido pruebas circunstanciales suficientes para acusar a Doyle de asesinato por un doble motivo, porque mantenía un romance con la esposa de Robinson y porque le robó el manuscrito de El perro de los Baskerville, la novela con la que resucitó a Holmes y que se convirtió en un best-seller. Un caso que, seguramente, habría interesado al rey de los detectives.

De momento, y a la espera de los resultados de la investigación de Scotland Yard, les ofrecemos esta breve semblanza de un creador que también frecuentó, con éxito, otros géneros literarios aparte de la novela policiaca, y que llegó a odiar al personaje que le proporcionó la inmortalidad literaria.

Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo el 22 de mayo de 1859 en el seno de una familia en la que parece que el fracaso no estaba permitido.

Fue nieto del caricaturista John Doyle, cuya obra gozó del aprecio de sus contemporáneos. En la Galería Nacional de Dublín puede verse todavía un retrato de Moore pintado por él. Pero, según Pierre Nordon, uno de los biógrafos más importantes de Conan Doyle, la influencia de su tío abuelo Michael Conan, de quien tomó el apellido, fue altamente beneficiosa para el futuro escritor. Cuentan que el regalo que escogió para su bautizo fue un libro de caballería, y que mientras vivió procuró que su nieto rehuyera los estudios demasiado especializados para concentrarse en las grandes obras de la literatura que estimulaban su imaginación y su fantasía.

Familia de artistas

El pequeño Arthur nació, pues, marcado por el deseo y en una familia de artistas en la que todos los miembros obtuvieron cierta fama. Así, su padre y su tío fueron ambos pintores muy conocidos a través de sus colaboraciones en periódicos y revistas.

Su madre, Mary Foley, era una mujer tolerante y profundamente imaginativa, cuyas historias marcaron para siempre la sensibilidad narrativa de Arthur. De la relación con su madre, de quien obtuvo un apoyo constante durante toda su vida, ha quedado una importante correspondencia a través de la cual nos es dado conocer los fluctuantes estados de ánimo de Arthur y su propia evolución hacia el agnosticismo.

Se educó en una escuela pública de Edimburgo y, posteriormente, siguiendo la tradición católica familiar, ingresó en un colegio de los jesuitas. Es posible que la formación religiosa de esta orden —caracterizada por su dureza y dogmatismo— produjera, como en tantos otros ejemplos ilustres, una reacción contraria que a la larga se manifestó si no en una postura claramente antirreligiosa, sí en una actitud agnóstica frente a todos los fenómenos relacionados con la religión. Conan Doyle ha dejado constancia en su autobiografía del rechazo que sentía por



Arthur Conan Doyle con su padre, Charles Doyle, en 1865. El escritor tenía entonces 5 años. Las relaciones con su padre, dibujante y pintor de talento, fueron a veces difíciles y distantes. Charles dejó siempre en manos de su esposa, Mary Doyle (retrato inferior), la administración de la casa y la crianza de los hijos. Con el raquítico sueldo del padre era muy difícil que la familia llegara a fin de mes. Las hermanas de Arthur empezaron a trabajar muy jóvenes como institutrices en otros países, como Portugal, para aportar dinero a casa.

Arthur estuvo siempre muy unido a su madre, cuyos consejos siempre escuchó, y de la que heredó el gusto por la lectura. Mary tenía una gran imaginación, era una gran contadora de cuentos y, como no, una mujer muy leída.



los métodos de enseñanza a que fue sometido en estos primeros años.

Estudió con los jesuitas un total de ocho años. Su formación humanística tuvo algunas carencias, pero en general llegó a conocer bien a los prosistas latinos y a los clásicos ingleses, Shakespeare especialmente. Estudió también francés, pudiendo leer en el idioma original a Verne y a Gaboriau, al que luego citaría en alguna de sus novelas. En la época final que corresponde a estos primeros años demostró un gran interés por la música, afición que habría de trasplantar a su detective Sherlock Holmes.

Hacia 1871, la mala salud de su padre, Charles Doyle, hizo temer a la familia un desenlace que podría agravar la situación económica del grupo, que, si nunca llegó a ser angustiada, tampoco tenía unos recursos ilimitados. Ante esta perspectiva, el joven Arthur decidió escoger una de las carreras consideradas útiles. Se decidió por la de Medicina y se matriculó en la facultad de esta rama en Edimburgo. De estos años, y si hemos de creer lo que el propio Doyle cuenta en su autobiografía, conservó un recuerdo centrado en el disgusto de tener que estudiar ciertas materias que en su opinión no guardaban una relación importante con la medicina.

A pesar de la actitud crítica que siempre mantuvo respecto al sistema de enseñanza, pronto empezó a trabajar como ayudante de algunos médicos y desarrolló en el estudio de las enfermedades el espíritu observador y científico que latía en él. No hay que dudar, pues, que el estudio sistematizado y riguroso de materias tales como la Anatomía, la Filosofía y la Química hubieron de crear profundos sedimentos que posteriormente supo aprovechar, y con mucho acierto, como autor de narraciones policíacas.

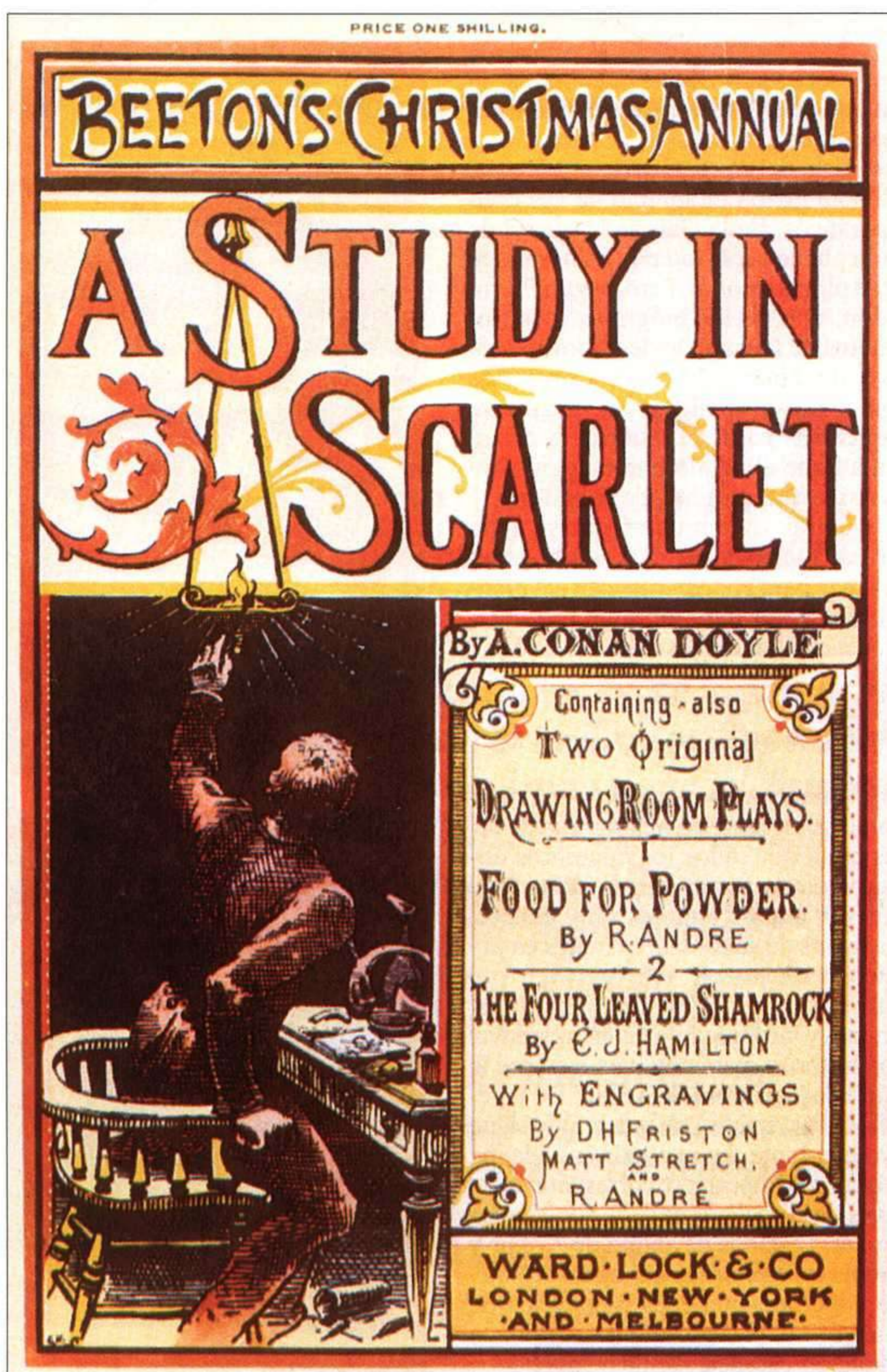
Entre tanto, y en sus ratos libres, cultivaba una afición que le seguía desde niño, la escritura, consiguiendo publicar en alguna revista cuentos que no obtuvieron ninguna resonancia.

Médico aburrido y escritor en busca de personaje

Al terminar su carrera y sin ninguna perspectiva inmediata de trabajo, Conan

Doyle ocupó la plaza de médico en un barco ballenero. Tenía entonces 21 o 22 años, y con esta experiencia consiguió satisfacer, de un lado, su pasión por los viajes y, de otro, su amor por la naturaleza, perfectamente explicado en las zo-

nas de su autobiografía en las que describe los paisajes que conoció en aquella época. Más tarde, y también como médico de otro barco, conoció las costas de África oriental. Padeció en este continente una grave enfermedad, y de



La primera aparición de Holmes y Watson tuvo lugar en Estudio en escarlata, publicada en el Beeton's Christmas Annual en 1887, del que reproducimos la portada.

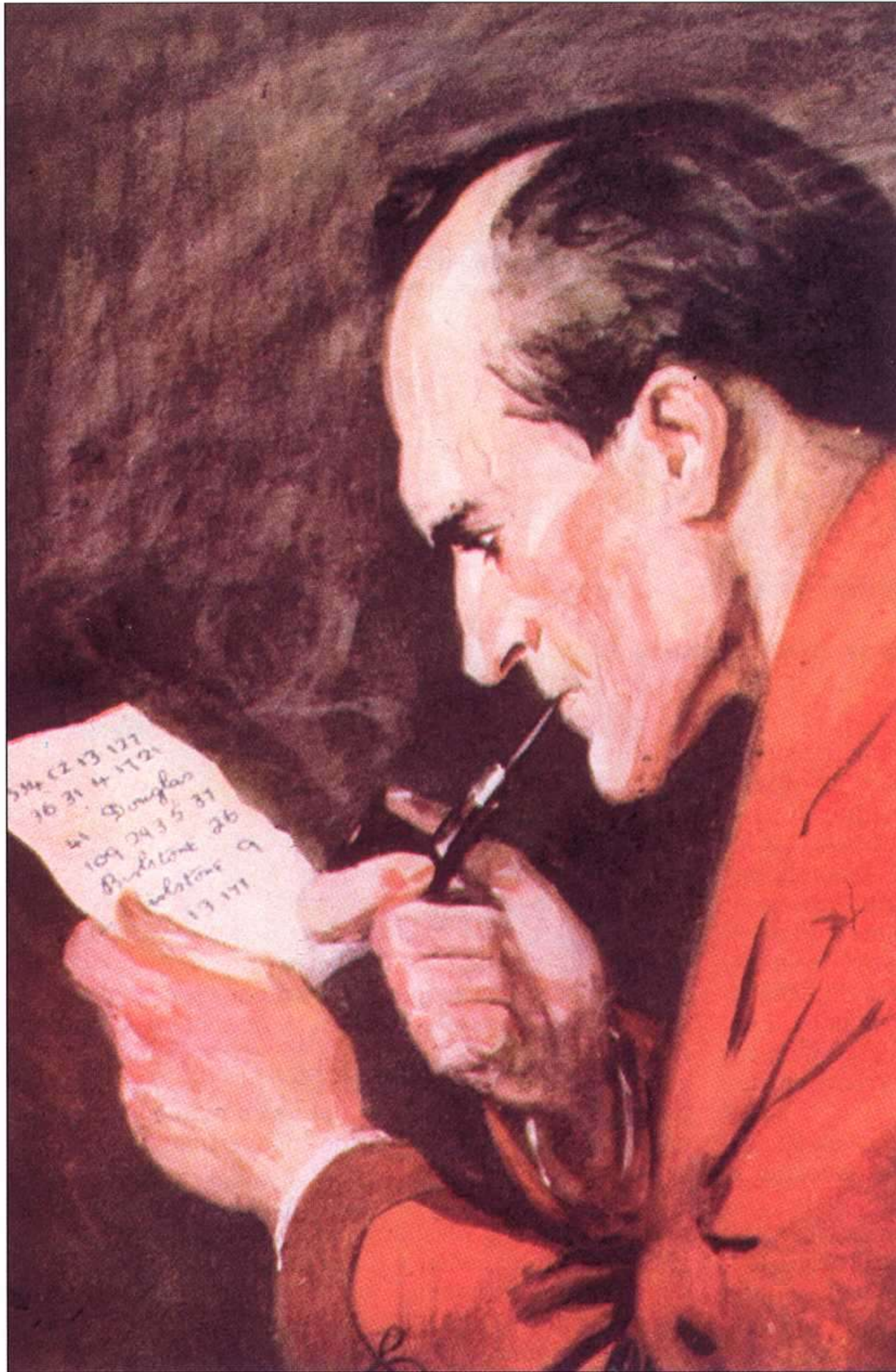


Ilustración de Frank Wiles para *The Valley of Fear*, publicada en el *Strand Magazine* en 1915. Holmes era ya el rey de los detectives y había eclipsado con su personalidad la de su creador.

regreso a Inglaterra su vida corrió peligro al incendiarse el barco en el que viajaba.

Instalado de nuevo en Inglaterra, y sin tener muy claros todavía hacia que objetivos debía dirigir sus energías, trabajó

una temporada en Plymouth, ayudando a un médico que había sido compañero suyo en la facultad de Edimburgo. Las diferencias profesionales e ideológicas de ambos ex condiscípulos hicieron que esta unión durara poco.

Entonces Arthur puso una consulta propia en Southsea y se instaló allí con su hermano pequeño, de cuya educación se había hecho cargo. Los primeros tiempos fueron difíciles debido a la falta de clientela pero, poco a poco, la situación económica se fue estabilizando, y en 1885 Conan Doyle pudo contraer matrimonio con Louise Hawkins.

Los numerosos biógrafos de Conan Doyle suelen detenerse en estos años en los que el joven médico permaneció en su consultorio de Southsea, en Londres. Los pacientes nunca llegaron a ser muy numerosos y la pregunta, por tanto, es en qué podía ocupar Conan Doyle las horas de ocio entre enfermo y enfermo, quienes, al principio sobre todo, llegaban con cuentagotas.

No hay duda de que el carácter algo melancólico y perezoso a veces de Sherlock Holmes es un trasunto del de su autor, cuya iniciativa física debía de estar perfectamente compensada por el trabajo intelectual que desembocó en la creación del genial detective. Hay en Holmes un componente depresivo, que Watson atribuía al principio al consumo de opio, durante el cual su cabeza funcionaba a tope.

La imagen de Holmes mirando con pasividad la lluvia a través de las ventanas del apartamento de Baker Street bien puede representar la imagen real de Conan Doyle sentado pacientemente en su consultorio a la espera de algún enfermo. Lo cierto es que durante esta época el médico de Southsea hubo de madurar, después de algunos fracasos literarios, cuál debería ser su camino en el terreno de la narrativa.

Al tiempo que despejaba estas incógnitas, sometido al aparente aburrimiento de la también aparente inactividad, fue naciendo en su interior el personaje que le haría famoso. Había leído a Poe y a Gaboriau; conocía el género y disponía de los elementos funcionales que ponen en marcha una trama policiaca. Le faltaba crear al detective, dotarlo de una personalidad propia y de algunos atributos diferenciales. Gran parte de esa personalidad, alguno de sus atributos, los tomó de sí mismo, y en 1886, por fin, un domingo del mes de abril, terminó *Estudio en escarlata*, novela en la que quedaron fijadas todas las constantes del

detective Sherlock Holmes. Tenía Conan Doyle 26 años y le quedaban muy pocos para alcanzar la fama que le haría universalmente conocido.

Estudio en escarlata no obtuvo un éxito inmediato. Fue publicada en el *Betons Christmas Annual* en 1887, y su autor recibió veinticinco libras a cambio de renunciar a todos los derechos sobre el manuscrito. La crítica especializada ignoró por completo la aparición de esta novela, y Conan Doyle, justamente desanimado, intentó olvidarse del sagaz detective.

El detective que detesta lo hace famoso

Por entonces comenzó a interesarse por la novela histórica, que siempre le había entusiasmado, y dirigió hacia este género todas sus fuerzas. Sin embargo, en 1889, el editor del *Lippincott's Magazine* le pidió una segunda aventura de Holmes. Doyle se la envió y el trabajo comenzó a dar sus frutos. A los dos años, el editor del *Strand Magazine* negoció con Doyle la contratación de nuevas aventuras de esta serie.

Es curioso observar cómo Conan Doyle, que había abandonado ya la medicina para dedicarse en cuerpo y alma a la literatura, se resiste a aceptar la gloria que las aventuras de Sherlock Holmes comienzan a proporcionarle. A medida que la demanda aumenta, Doyle siente un mayor desprecio por esta clase de literatura. En 1891, cuando estaba a punto de terminar una nueva serie de seis aventuras en las que interviene Holmes, escribe a su madre una carta en la que le dice que está harto del detective y que va a li-

El nacimiento de Sherlock Holmes

por Juan Manuel Ibeas*

Conan Doyle se había propuesto crear un detective prácticamente infalible, gracias a sus «hábitos de observación e inferencia, desarrollados hasta constituir un sistema», y tomó como modelo a uno de sus profesores de la universidad, el doctor Joseph Bell (1837-1911), un hombre delgado, de frente despejada y nariz aguileña, ojos grises y penetrantes, y «voz aguda y discordante». El doctor Bell recibía a sus pacientes «con la expresión de un indio piel roja» y diagnosticaba al instante sus dolencias, antes de que ellos tuvieran tiempo de abrir la boca. Les enumeraba los síntomas e incluso les daba detalles de su vida pasada y de sus actividades cotidianas. Prácticamente nunca se equivocaba.

El propio Conan Doyle explicó así el proceso en su autobiografía titulada, muy apropiadamente, *Memorias y aventuras*:

«En aquel momento me consideraba capaz de hacer algo más fresco y vibrante, y también más esmerado (que los relatos de detectives escritos hasta entonces). Admiraba a Gaboriau por la exquisita construcción de sus tramas, y el magistral detective de Poe, M. Dupin, había sido uno de mis héroes de juventud. ¿Podría yo aportar algo nuevo en este campo? Me acordé entonces de mi antiguo profesor Joe Bell, con su cara de águila, sus modales excéntricos y su misteriosa facilidad para captar detalles. De haberse dedicado a detective, es indudable que ha habría refinado su fascinante método hasta convertirlo en algo muy próximo a una ciencia exacta. Me propuse intentar conseguir ese efecto. Si aquello era posible en la vida real, ¿por qué no habría de resultar creíble en una obra de ficción? Está muy bien decir que alguien es muy

listo, pero lo que el lector quiere es ver ejemplos de su sagacidad, ejemplos como los que Bell nos ofrecía a diario en el hospital».

La elección de modelo no pasó inadvertida para todo el mundo. Después de leer varias de las aventuras del genial detective, Robert Louis Stevenson escribió desde Samoa a Conan Doyle, preguntando: «¿Es posible que éste sea nuestro viejo amigo Joe Bell?».

Sin embargo, el propio Bell, a quien Doyle había dedicado *Las aventuras de Sherlock Holmes*, tenía sus propias ideas al respecto, y las expresó sin rodeos en una carta al autor: «Tú eres Sherlock Holmes y lo sabes perfectamente». Las dotes intelectuales del joven médico convertido en novelista no habían pasado inadvertidas al sagaz observador.

Ahora bien, el héroe necesitaba un narrador que relatará sus hazañas y resaltara sus cualidades, un personaje que contrastara mental y físicamente con el protagonista, para que éste brillara más por efecto del contraste. Así nació el doctor John H. Watson, ex médico militar, fiel camarada y cronista inigualable, cuya personalidad encierra también muchos aspectos de la del propio Conan Doyle. Flanqueado por esta pareja de *alter egos*, Conan Doyle entró en la historia literaria. Poco sospechaba que llegaría a odiarlos.

* Juan Manuel Ibeas es escritor y traductor.

Nota

Este texto forma parte del apéndice que Juan Manuel Ibeas escribió para la edición de *Las aventuras de Sherlock Holmes* (Anaya, 1995-1999), obra de la que también es traductor.



Foto de Doyle de principios del siglo XX, seguramente cuando viajó a Sudáfrica durante la segunda guerra boer.



Retrato de John Doyle, el abuelo de Arthur; un famoso caricaturista político que firmaba como «HB», y que creó la «caricatura educada», en un momento en que el género se caracterizaba por ser brutal y grotesco con los personajes que retrataba. Los hijos de John, incluido el padre de Conan Doyle, Charles, fueron todos buenos dibujantes.

Doyle se inspiró en su profesor Joseph Bell, para trazar algunos de los rasgos del carácter y personalidad de Sherlock Holmes, personaje que al principio iba a llamarse Sherrinford Holmes.



quidarlo. Afortunadamente, su madre, que tiene una gran influencia sobre él y que posee más sentido común que Arthur, le responde a vuelta de correo con una dureza que no es usual en ella: «No debes hacerlo, te lo prohíbo absolutamente...».

En 1892 han transcurrido cinco años desde la publicación de *Estudio en Escarlata* y Doyle goza de la fama y del dinero que ésta suele proporcionar. Apenas puede atender a la demanda de los editores y su odio por el detective aumenta. Parece como si Sherlock Holmes le hubiese arrebatado la fama y el honor que sólo le correspondían a él. La relación con el doble imaginario, cuya existencia por otra parte le ase-

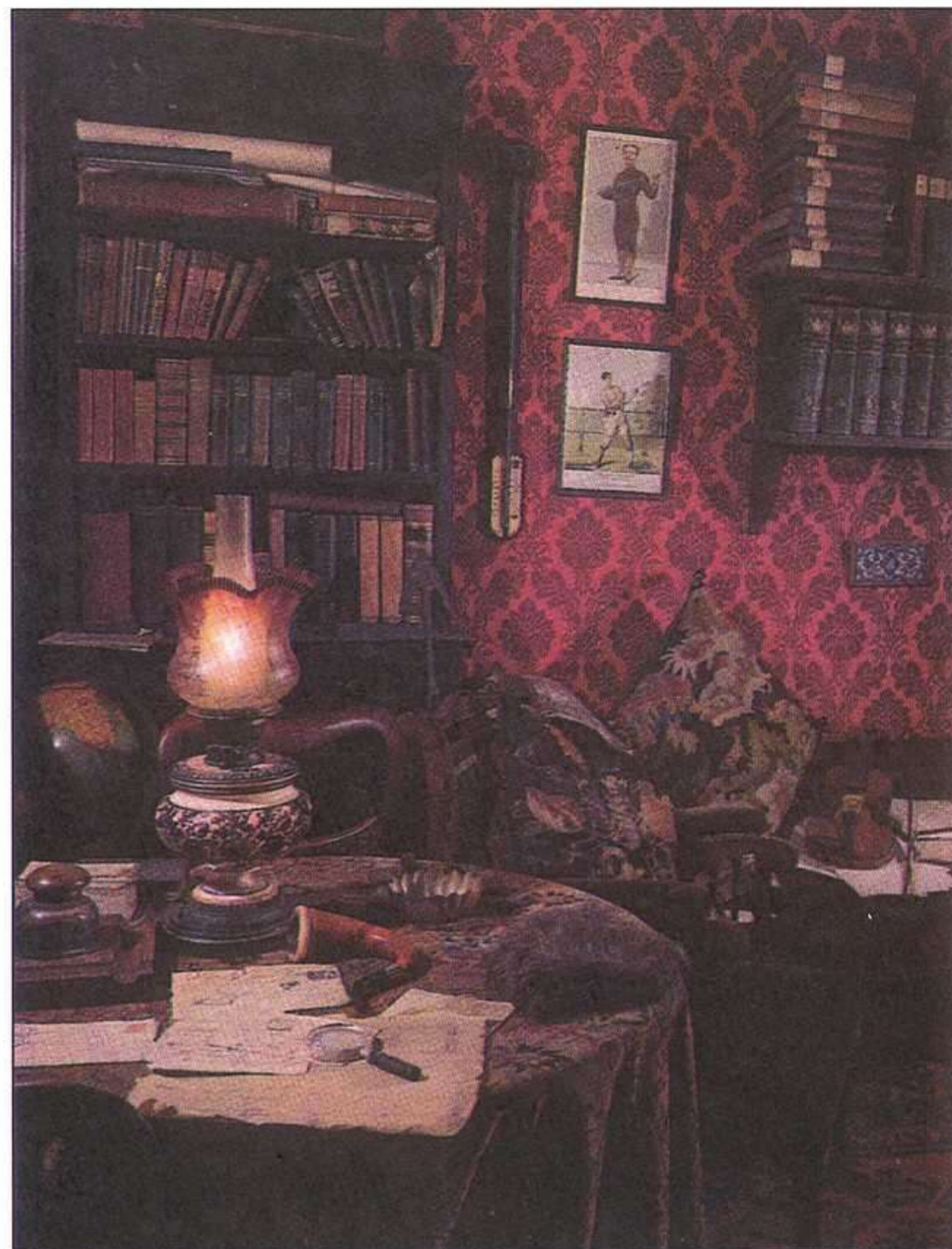
gura unos ingresos considerables, se complica hasta extremos dignos de estudio por un especialista en la materia. Acabará matándolo, por fin, en su relato *El problema final* (1893), pero su muerte no dudará demasiado. Es de nuevo su madre quien en 1903 le anima a resucitarlo venciendo las resistencias el autor, que contaba entonces 43 años.

En 1902 Conan Doyle recibió del gobierno británico el título de «Sir», distinción de nobleza con la que, además de reconocer la fama que el escritor había alcanzado, se le premiaban sus opiniones favorables a la política que Inglaterra había llevado a cabo en la guerra contra los boers.

Patriota, político y viajero

Es, pues, a estas alturas todo un personaje que no puede escapar, como Chesterton, como tantos otros, a la atracción de la vida política. El Parlamento inglés, uno de los más antiguos de Europa, goza de una actividad notable, y en él se debaten todos los temas de un país cuyas ideas coloniales han comenzado a entrar en crisis. La sociedad inglesa de finales de siglo pasado y principios del actual va a poner en cuestión gran parte de los valores morales y políticos de la época victoriana.

Conan Doyle llegó a ser diputado, representando en la cámara los intereses de la ciudad en la que había nacido. Su



Louise Hawkins, la primera esposa de Conan Doyle. Murió en 1906 de tuberculosis y, aunque el escritor nunca le fue infiel, estando ella enferma se enamoró platónicamente de Jean Leckie. A la derecha, habitación de Holmes en el 221 B de Upper Baker Street.

apoyo al gobierno inglés en los conflictos internacionales en los que éste se vio envuelto le valieron, además del título de nobleza ya mencionado, el aprecio de las instituciones. Sus tesis tenían con frecuencia un apoyo teórico basado en los conocimientos estratégicos adquiridos en la guerra con las repúblicas de Orange y Trasvaal.

Se dice de él que fue un buen soldado y un patriota, pues no hubo conflicto en el que no quisiera participar de forma activa. Así, durante la guerra anglo-bóer visitó el sur de África y sirvió como médico en el hospital de Langman Field. Todas estas experiencias han quedado reflejadas en libros como *Historia interina de la guerra* o *La gran guerra bóer*. Es sobradamente conocida la anécdota relativa a su actuación cuando estalló la primera guerra mundial: tenía entonces

55 años y pretendió ser admitido como voluntario. Naturalmente fue rechazado, pero él no dejó, desde la retaguardia, de hacer su lucha particular con escritos y conferencias destinados a levantar el ánimo de sus compatriotas.

Desde que Conan Doyle alcanzó la fama y la riqueza a finales de siglo hasta su muerte, acaecida en 1930, no hubo actividad humana que no le interesara y a la que no dedicara una parte de su inteligencia y de su tiempo.

Los viajes fueron una de sus grandes pasiones. Ya han quedado reseñados en líneas anteriores algunos de los que efectuó en su juventud como médico y en su madurez como soldado. Señalemos que también viajó con alguna frecuencia a los Estados Unidos, en donde su obra era bastante conocida. Precisamente, parte de *Estudio en escarlata*

transcurre en aquel país y no es infrecuente que en sus relatos intervengan personajes de aquella nacionalidad.

El espiritismo y otras aficiones

En cuanto a su afición por el espiritismo y fenómenos paranormales en general, que informó gran parte de las últimas décadas de su vida, hay que decir que es el fruto normal de su progresivo apartamiento del catolicismo y de la necesidad de sustituir el vacío de la religión con otro objeto de fuerte contenido espiritual. La severa y dogmática formación religiosa recibida de los jesuitas en sus primeros años se convirtió posteriormente en un agnosticismo repleto de connotaciones escépticas que encajan bien en su carácter, y más tarde, hacia la



¡Leer es Vivir!



Leer es compartir

Participar con risas, sueños, sufrimientos, amores, recuerdos...



Nos gustaría que compartieses **experiencias** y **momentos** con los mejores **autores** e **ilustradores** internacionales y nacionales.



Las colecciones **Montaña Encantada**, **Gaviota Junior** y **Punto de Encuentro** reúnen una cuidada selección de títulos para todas las edades; encontrarás **cuentos, relatos, obras de teatro, poesía** y mucho más.



Acompáñanos y descubre por ti mismo que **leer es sentirte único y elegido.**



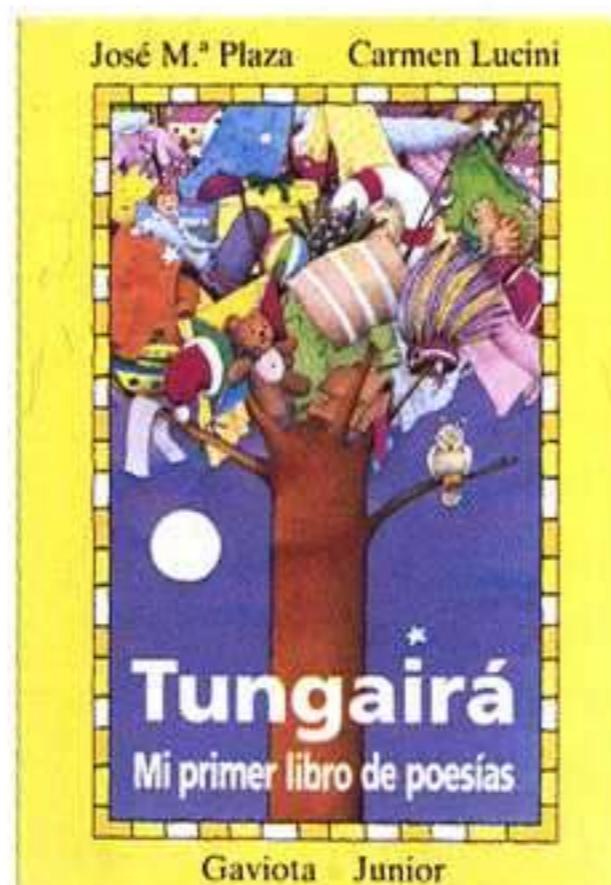
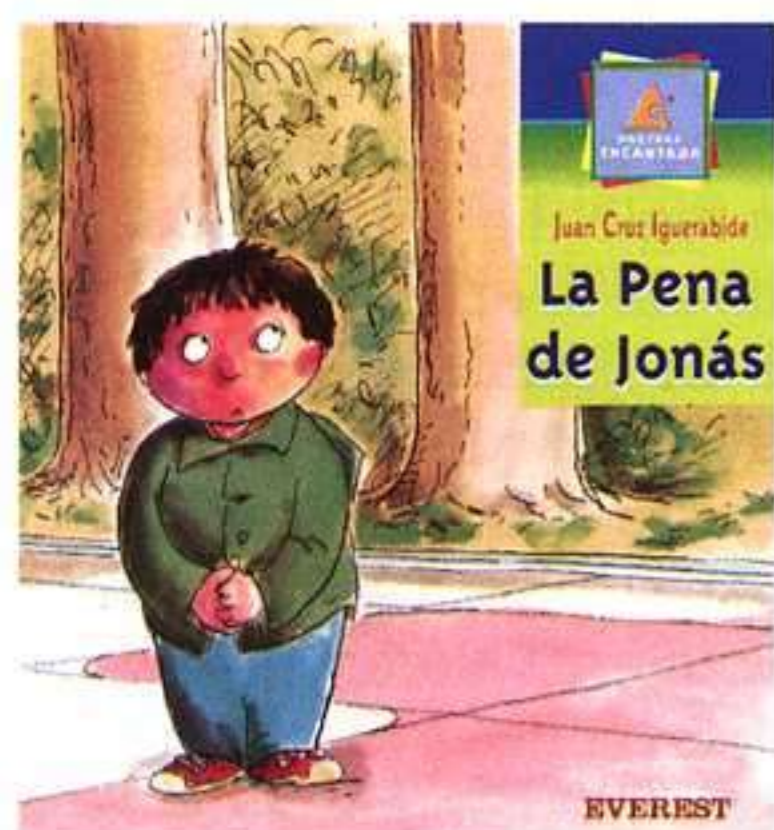
Primeros Lectores

A partir de 6 años

A partir de 8 años

A partir de 12 años

A partir de 14 años



Para más información:
902 123 400

GRUPO EVEREST

Ilustraciones de Teresa Novoa, Padia y los trampolineiros. Montaña Encantada.

ARTHUR CONAN DOYLE

madurez, en un acercamiento a todo aquello que tuviera que ver con el espiritismo. Salvando las relaciones individuales que Doyle pudiera tener con estos fenómenos, es preciso encuadrar su actitud dentro de una corriente que había comenzado hacía muchos años y que tendría que crecer. El mismo Chesterton, convertido al catolicismo en 1922, confesaba haber provocado experiencias espiritistas en su juventud, y otros autores bien conocidos por Doyle, como Poe y Dickens, manifestaron siempre su admiración y su interés por toda clase de fenómenos paranormales.

Aparte de la literatura, la medicina, los viajes, el espiritismo, la política y la guerra, Conan Doyle se interesó por la aeronáutica, por los progresos del automovilismo y de la navegación, y también por el boxeo. Tanta actividad contrasta con la imagen pasiva y melancólica de aquel médico de Southsea. Sin embargo, ambos sujetos son la misma persona, del mismo modo que también en el Sherlock Holmes misógino y variable, sometido a etapas de fuerte depresión, nos es posible adivinar numerosos rasgos de su creador, Sir Arthur Conan Doyle, al que no le fue dado alcanzar tanta fama como el detective que él mismo creó.

Géneros que cultivó con éxito

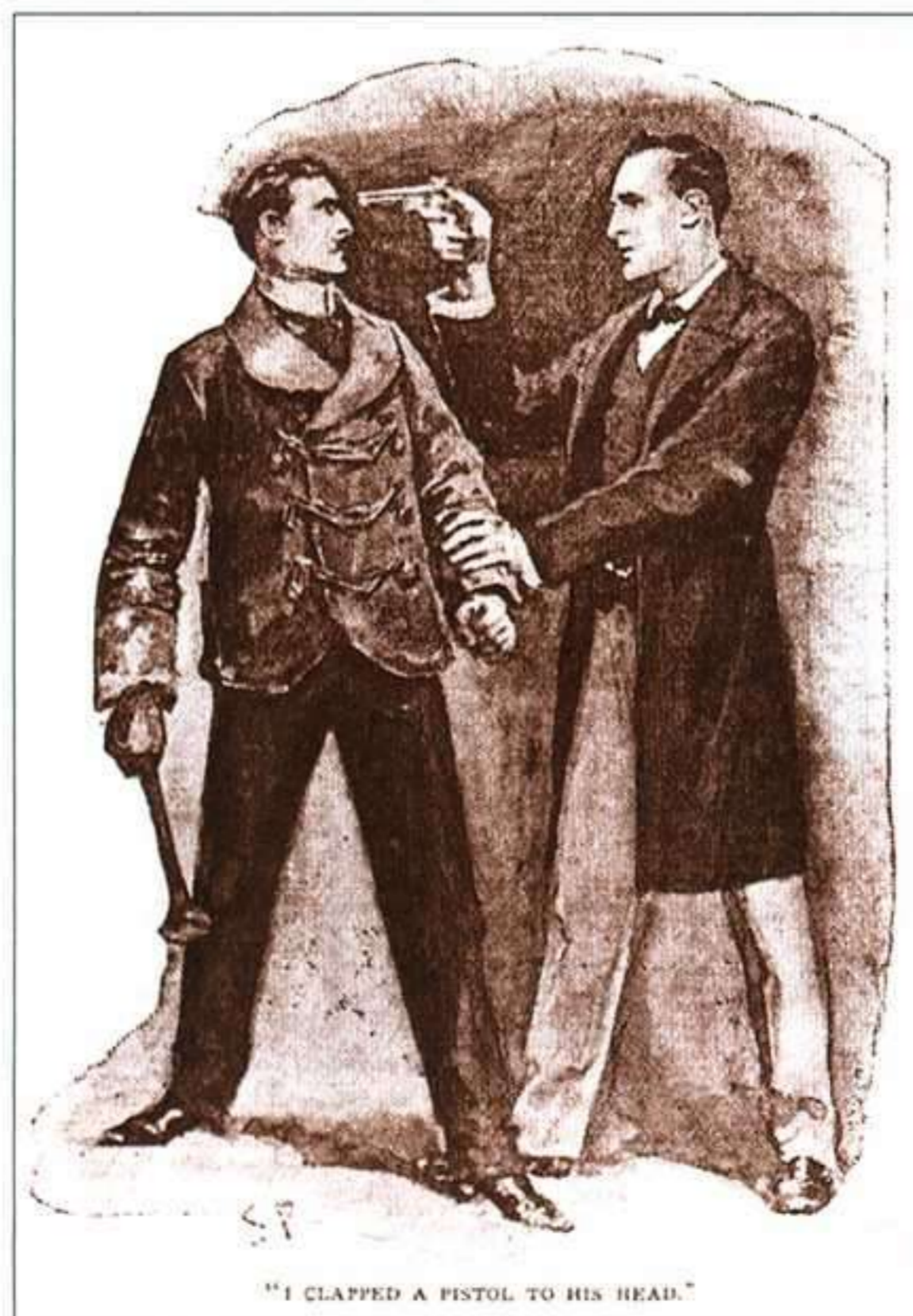
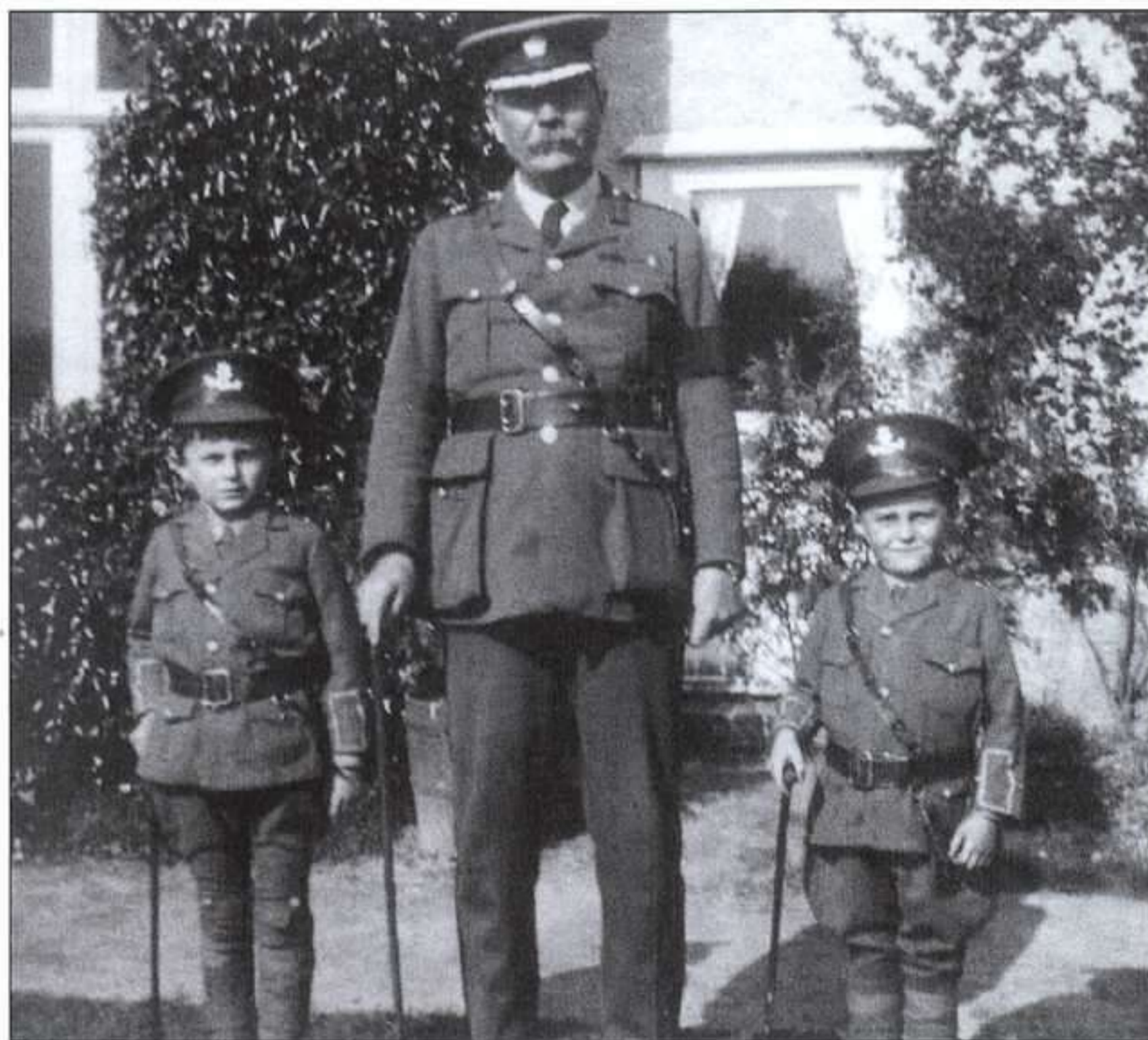
La obra de Conan Doyle, oscurecida por la serie de novelas y relatos de Sherlock Holmes, es más extensa de lo que se suele imaginar y abarca géneros y contenidos temáticos diferentes. Antes de entrar a considerar sus novelas y cuentos policíacos, veamos otros aspectos de su obra con frecuencia ignorados:

— *La novela histórica*. Este género fue sin duda el preferido de Conan Doyle y es muy probable que, de no haber tenido éxito con Sherlock Holmes, hubiera dedicado a él todas sus energías. Entre otros títulos, y dentro de este apartado, cabe señalar *Micah Clarke* (1889), *La guardia blanca* (1891) y *La sombra grandiosa* (1892). Es preciso citar aquí también *Aventuras de Gerard* (1903), en la que Conan Doyle utiliza a un personaje aparecido en otra novela suya publicada en 1896, y que no es otro que Etienne Gerard, brigadier del ejército de

Napoleón Bonaparte, que reúne las cualidades de muchos personajes de las novelas de aventuras.

— *El ensayo histórico y la crónica de guerra*. La participación de Conan Doyle en alguno de los conflictos internacionales del Reino Unido le llevó a escribir obras tales como *La gran guerra bóer* y *La guerra en Sudáfrica; sus causas y modos de hacerla*, que contiene una original defensa de la política inglesa en África del Sur. Escribió también una historia del Sudán egipcio titulada *La tragedia del Koroosko*, aparecida en 1898.

Conan Doyle fotografiado junto a los dos hijos de su segundo matrimonio con Jean Leckie, Denis y Adrian, en 1916, en plena I Guerra Mundial. Abajo, ilustración de Sidney Paget para una historia de Holmes, «The Beryl Coroner».



"I CLAPPED A PISTOL TO HIS HEAD."

— *Cuentos de misterio y terror*. Como no era menos de esperar en un autor que había leído a Poe y que además pertenecía culturalmente a una tradición en la que había nacido la novela gótica, Doyle cultivó este género con singular acierto. *El tren perdido*, *El hombre de los seis relojes*, *El duende del almacén*, *La caja de laca* o *El cazador de escarabajos* son otros tantos ejemplos de esta actividad. De muchos de ellos es fácil apreciar el interés de Doyle por los temas relacionados con el espiritismo, del que ya se ha hablado anteriormente.

Los antecedentes de Holmes

John Dickson Carr, excelente novelista americano del género policíaco, ha escrito una minuciosa y entretenida biografía de Conan Doyle, en la que da cuenta de la evolución producida en las relaciones entre Doyle y su personaje de ficción. Dickson Carr es, junto con Pierre Nordon, ya citado, uno de los biógrafos más serios que el novelista inglés ha tenido. Y ha tenido muchos; de ahí la dificultad que supone, a la hora de establecer un criterio selectivo, escoger los textos más adecuados o los que más se ajustan a la realidad.

Pero tanto Dickson Carr como Pierre Nordon coinciden en valorar a Holmes como una de las creaciones literarias más geniales de todos los tiempos. Y es esta

genialidad, que lo han convertido en un personaje universal, la que dificulta hacer una síntesis de este ser mítico que al decir de algunos llegó a vivir 103 años. De acuerdo, pues, con este dato, y habida cuenta de que había nacido el 6 de enero de 1854, su muerte debió de producirse hacia 1957. Sobre Holmes se han escrito infinidad de libros, muchas biografías y numerosas aventuras apócrifas. Intentar a estas alturas decir algo nuevo sobre él resultaría inútil; por consiguiente, sólo de la relación individual con la lectura de sus proezas, magistralmente narradas por su cronista el doctor Watson, puede surgir todavía una imagen no deformada del más famoso de todos los detectives de ficción.

Está claro que los antecedentes de Holmes y Watson son Dupin y el anónimo narrador de sus aventuras. Edgar A. Poe había muerto en 1849, diez años antes de que naciera Conan Doyle. Si en los últimos años de su vida Poe había conseguido alcanzar cierta fama, en los años posteriores a su fallecimiento esta fama se convirtió en fervor, y las sucesivas reediciones de sus libros fueron sobradamente conocidas en Europa, principalmente en Inglaterra y Francia, de donde partieron las dos corrientes más importantes de la literatura policiaca.

El Dupin de Poe inauguró el modelo del investigador analítico y deductivo. [...] personaje que, habiendo intervenido sólo en tres narraciones, alcanzó también la fama mundial.

Pero Conan Doyle conocía también la obra de Gaboriau, novelista francés que creó a otro importante y conocido detective de ficción: el inspector Lecoq.

Entre estos dos polos se moverá fundamentalmente Conan Doyle a la hora de iniciar su aventura como autor de novelas policiacas. Para comprobarlo basta leer las primeras páginas de *Estudio en escarlata*, en las que Holmes juzga a sus dos colegas. De Dupin dice: «En mi opinión, Dupin era un hombre que valía muy poco... Sin duda que poseía un algo de genio analítico; pero no era, en modo alguno, un fenómeno». Con el inspector Lecoq es menos respetuoso: «Era un chapucero indecoroso que sólo tenía una cualidad recomendable: su energía» (cap 2).



Doyle en Sudáfrica (1900). Allí sirvió como médico en la segunda guerra boer.

Estos insultos delatan el parentesco y la afinidad que, a pesar de Doyle, unía a su personaje con el detective americano y con el inspector francés. Lo sitúa además dentro de una tradición en la que la función de Holmes consistirá en sentar las bases de un género cuya implantación en Europa, a través de las dos corrientes citadas, va a tener enormes repercusiones tanto en la literatura no policiaca como en el cine.

Sin embargo, Holmes y Watson se van a diferenciar del inspector Lecoq, en primer lugar, en que éste es un funcionario y trabaja por tanto dentro de los límites y de las normas que la institución policial exige. (No olvidemos que es dentro de la corriente francesa donde con más frecuencia se produce la figura del funcionario.) Y de la pareja creada por Poe

se van a diferenciar en que Holmes y Watson participan en cierto modo de las grandezas y las miserias que alegran o entristecen la vida del género humano. Holmes, al igual que Dupin, tiene junto a él a un compañero ingenuo, el doctor Watson, cuya torpeza no tiene otra función que magnificar la inteligencia analítica del detective. En ocasiones, Watson resulta más torpe de lo verosímil; como contrapartida tiene a su favor el ser un excelente cronista y un magnífico narrador que sabe ambientar a la perfección las historias que cuenta, graduando inteligentemente los elementos que intervienen en la resolución de un caso.

Por otra parte, las historias de Dupin al desarrollarse en un París imaginario inventado por la sensibilidad de un escritor americano, sufren de una falta de contexto que hacen que el paisaje resulte frío y duro como el personaje insertado en él. Holmes y Watson, sin embargo, viven en un Londres real; su apartamento está situado en el 221 de Baker Street y por delante de sus ventanas transitan personajes reales sometidos al lluvioso y húmedo clima londinense.

Si bien Holmes posee alguna de las características de Dupin en cuanto a la dureza de sus reflexiones y a la aparente ausencia de sentimientos, Watson se encargara de describir los momentos en los que el famoso detective se encuentra postrado por la depresión y por una suerte de melancolía que revelan la existencia de conflictos internos que su inteligencia analítica y deductiva no puede resolver. Así, cuando Holmes toca el violín o mira caer la lluvia al otro lado de la ventana (sometido tal vez a los efectos del opio, según sospecha Watson en algunas ocasiones), su cronista nos devuelve a un ser humano, aquejado de contradicciones, que en nada se parece al frío y distante personaje de Edgar A. Poe, aunque éste sea el inevitable punto de partida para comprender en toda su dimensión a la criatura de Doyle. ■

*Juan José Millás es escritor.

Nota

Este texto forma parte del apéndice que Juan José Millás escribió para la edición de *Estudio en escarlata* en la colección Tus Libros de Anaya, de 1982.